



Alocución del Presidente de la República Española *don Diego Martínez Barrio* en el XXII aniversario del 14 de Abril de 1931

ESPAÑOLES :

La voz amiga de un desterrado, firme en su destierro hasta que la Patria esté libre, se dirige nuevamente a vosotros con ocasión del 22 aniversario de la proclamación de la República. ; 14 de Abril de 1931 ! ; Que lejano y que cercano ! No han sido suficientes las crueldades del tiempo para desvanecer el recuerdo de la fecha gloriosa y hoy, como ayer, los españoles esperamos el recobro de la libertad secuestrada entre las manos de la dictadura.

Traicionaría vuestra fe, y me traicionaría a mí mismo, si desconfiara del desenlace final del drama que vivimos. Cierto que las generaciones usadas y cansadas se lamentan de la excesiva prolongación de este terrible episodio de la vida nacional y temen no asistir con su presencia física a los acontecimientos inevitables. Viejo soy yo también, y pésame, con la carga de los años, el esfuerzo cotidiano, pero el sufrimiento individual importa poco cuando la Patria y la libertad piden, conjunta y angustiosamente, que se les preste servicio.

El primero de ellos consiste en permanecer firmes e incorruptibles. Nadie vale sino por lo que es, y al fin de cuentas la conducta prima sobre las restantes calidades del hombre. Un pueblo esclavizado puede pasar a la categoría de pueblo liberado, mientras conserve entereza y fe en el propio destino. Por el contrario, la servidumbre espiritual, consecuencia de la resignación colectiva, prepara el camino de la servidumbre económica y política a favor de los Estados poderosos. Evidente es, así mismo, que la independencia nacional necesita el cimiento moral de la unidad del país, pues todas las empresas quiebran cuando el instrumento de realización, desalentado y dividido, atiende, primero que al deber histórico, al proceso de sus querellas intestinas.

Aunque la dictadura no tuviera, que las tiene, otras graves responsabilidades ante el pueblo y la historia, asumiría esta terrible de no haber logrado, ni intentado siquiera, la reconciliación nacional, sobre la base de un régimen de convivencia política, garantía de seguridad para el poder y de paz para los ciudadanos.

Algunos españoles que ejercen, quizás sin saberlo, el triste oficio de denigrar a España cerca de la opinión extranjera, dicen que la reconciliación es imposible si ha de estar precedida de un ambiente de tolerancia y libertad general, porque el español, indómito, carece, según estos críticos, de las condiciones esenciales para el ejercicio de los derechos democráticos y oscila, constantemente, entre la obediencia a poderes absolutistas y el desmandamiento de la demagogia.

Nada menos cierto. Sólo los períodos de normalidad política han sido fecundos en la economía, la cultura y el progreso moral de España. Los militares que ejercen hoy el poder en nuestra patria, ¿ por qué no se han inspirado en la conducta de sus más gloriosos antepasados ? ¿ Acaso la obra pacificadora del general Espartero no fué superior a sus laureles de Luchana ? Los frutos pacíficos de la gobernación hacen la felicidad de las naciones ; los de las victorias sangrientas, preparan su ruina. Mientras España esté dividida y desgarrada, proscrita y vigilada, será instrumento inservible para cualquier empresa de gran aliento, y aunque la dotaran de medios y armas, la división y descomposición interior se acusaría el mismo día que se iniciara la prueba.

Posiblemente el general Franco ni quiere, ni puede, entrar por la vía de la reconciliación general. Consecuentemente, el servicio que le pide la nación es que deje el paso libre. ¿ A qué ? ¿ A quiénes ? El país lo diría. ¿ Hemos descendido tanto los españoles que no podemos escoger nuestro destino como lo han hecho recientemente los árabes de Libia ? ¿ El derecho político que ejercen la mayoría de las naciones americanas, nutridas con nuestro espíritu y nuestra sangre, no lo merecen los españoles, raíz de ese mundo pujante y pleno de esperanzas ?

Ya ha durado bastante la pesadilla. Hay que despertar. Sería criminal desentenderse de la obligación. Los españoles, todos, tenemos ante la vista la imperiosa e ineludible tarea de buscar una solución a la grave crisis que sufre el país, no ya porque la división definitiva de España en dos campos enemigos la llevaría al desastre final, sino porque nadie puede reclamar derecho de posesión y exclusión en la patria, a menos de reabrir un período de sucesivas persecuciones, durante el cual los que hoy son yunques se convertirían mañana, fatalmente, en martillos.

Un gran cubano, el primero entre los mejores hijos de Cuba, José Martí, descendiente de españoles, nacido en 1853, y cuyo centenario está celebrando América, decía a su país y proféticamente al mundo estas palabras : « La patria es dicha de todos y dolor de todos y cielo para todos, y no feudo ni capellanía para nadie. Un pueblo está hecho de hombres que resisten y hombres que empujan ; del acomodo que acapara y de la justicia que se rebela ; de la soberbia que sujeta y deprime, y del decoro, que no priva al soberbio de su puesto, ni cede el suyo. De los derechos y opiniones de sus hijos todos, está hecho un pueblo, y no de los derechos y opiniones de una sola clase de sus hijos ; y el gobierno de un pueblo es el arte de ir encaminando sus realidades, bien sean rebeldías o preocupaciones, por la vía más breve posible a la condición única de paz, que es aquella en que no hay un solo derecho mermado. »

Estas frases grabadas con caracteres de fuego en el corazón de los hombres libres, son valederas para todas las naciones y tienen la actualidad poderosa de las definiciones permanentes. Tómenlas los españoles como suyas y aplíquenlas al remedio urgente de la situación. Quizás algunos de los jefes actuales se mofen del lenguaje de Martí, realista y romántico, pero harán mal, y desde ahora puede afirmarse que si le desatendieran provocarían graves daños y prepararían una catástrofe que es evitable aún.

La invocación pública de una solución pacífica para nuestras diferencias, cuando acechan a la patria y al mundo daños terribles, no significa ni desaliento ni impotencia. Por los canales más hondos y ocultos circula constantemente la protesta nacional y aunque el caudal de tales aguas no sea visible, vivo está, y en algún momento podrá surgir a flor de tierra, impetuoso y avasallador.

¿ A quién interesa la posible futura tragedia ? ¿ A quién ? A España, no. Al progreso moral y material de los españoles, tampoco. Una nueva desgarradura material del cuerpo social, de la cual hay indicios en las persecuciones actuales, no debe interesar ni a las clases conservadoras, que concluirían por perder lo que no se ha llevado ya el viento, ni a la pequeña burguesía, lazo de relación entre los poderosos y los humildes, ni a las clases trabajadoras necesitadas de un amplio período de reposo para su reorganización sindical y su preparación técnica. ¿ A quién, entonces ? ¿ A la Iglesia y al Ejército ? Rechazo el desvarío. Los únicos interesados serían otros Estados que podrían colonizar política o económicamente a una España exhausta de todos sus resortes espirituales.

¿ Hemos llegado a tal punto de insensatez que facilitemos el propósito ? Esta magnífica atalaya de París desde la cual se ve el mundo en todas sus dimensiones, aviva el fervor patriótico de quienes, como yo, no han desesperado ni desesperan, y permite señalar, con los peligros, los remedios. La dictadura y sus órganos de poder tienen la urgente necesidad de facilitar la convivencia nacional, y la emigración, por su parte, el deber de unirse estrechamente, aunque sea sobre el simple postulado de recabar el derecho popular a que se le consulte y obedezca.

Ningún hombre representativo de la generación a que pertenezco obstaculizará los esfuerzos de la reconciliación. Nosotros, bien que mal, con menor fortuna de la esperada, hemos llenado unas páginas de la historia que no podrán repetirse literalmente. Otras promociones humanas están preparadas para el relevo y a ellas queremos transmitir la antorcha, cuanto antes mejor.

Yo no pido a nadie que reniegue ni abandone sus ideales. Se sirve a la patria desde diversas y aun contradictorias posiciones políticas, porque todas son necesarias para la marcha ascendente de la sociedad, pero en los momentos singulares de la historia, y éste es uno, la unidad se convierte en imperativo inexcusable, superior a las luchas ideológicas y de partido.

Vosotros los españoles que desde el Bidasoa a las playas gaditanas y desde las rias gallegas al Mar Mediterráneo sentís ilusionados y estremecidos el amor a España, haced de este año 53 uno glorioso y fecundo, devolviendo a la patria su unidad y la libertad al país. En Europa, América y África está la emigración preparada para el servicio que se le pida. Todo lo demás, el recobro de nuestra personalidad internacional, su incorporación a las grandes obras de defensa del mundo, el progreso moral de nuestros pueblos, vendrá luego de añadidura.

Compatriotas : Esta vieja voz amiga, al conmemorar el 22 aniversario del 14 de Abril, reitera sus votos de fe y de esperanza, sintetizándolos en las dos leales afirmaciones que son nuestro catecismo y nuestro honor.

; Viva España !

; Viva la República !

En el exilio, Abril 1953.